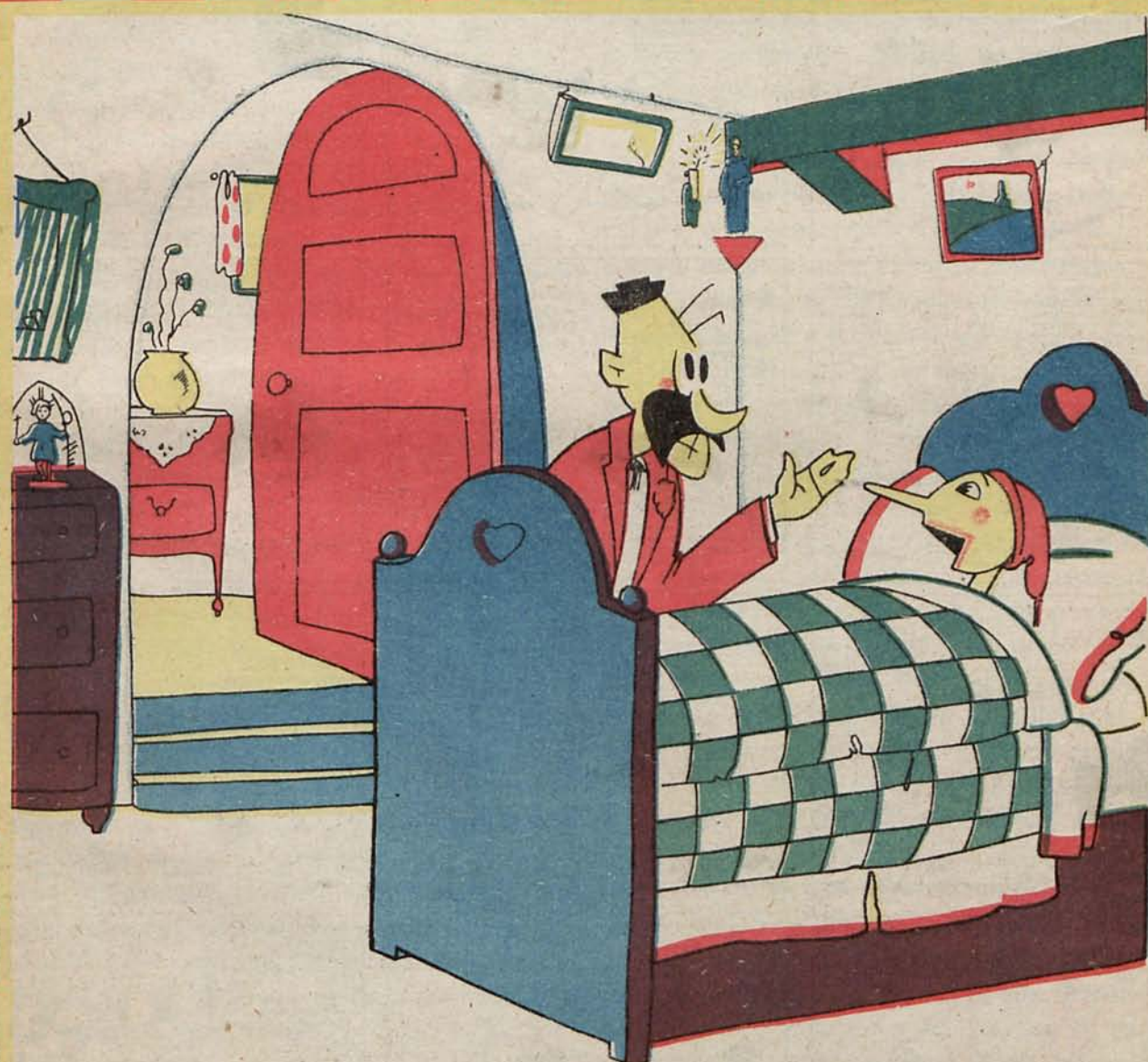


PINOCHO

AÑO. V
NUM. 228

25 cts

30. JUNIO
1929



-¡CARAMBA! ¿LAS DIEZ DE LA MAÑANA Y ACOSTADO TODAVIA?
-PERO ¿NO HA OIDO VSTED DECIR: "A LAS DIEZ EN LA CAMA ESTÉS..?"

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIÁN.-ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAÍSES AÑO 23 PTS.



La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón





EL PARALELO 28°17'

POR C. GIOVANELLA Y J. M. BARBIERI

(Continuación)

hizo pensar en ciertos figurines del Mefistófeles no tan convincentes y... naturales.

Los nubios, a los mandatos asaz verbosos de su patrón, entraron en el agua hasta el vientre y de un salto estuvieron en la barca. Desplegaron dos anchas velas anaranjadas largando y recogiendo gran número de cuerdas, dispusieron los remos y luego se volvieron a tierra.

Antes de estar prevenido, uno de ellos, me asió, me levantó en sus brazos teniéndome cogido por los sobacos y las piernas, y así me transportó a la barcaza, mientras el otro ejecutaba la misma operación con el amo. Después soltaron rápidamente las amarras, y agarrados los remos, bogaron enérgicamente y de un par de brazadas llevaron la embarcación casi hasta mitad del río.

Las velas colgaban flojas a lo largo de los mástiles y las cuerdas, y los dos negros tuvieron que arrancar con nuevos bríos para remontar la corriente que, aun plácida y lenta como era, oponía al pesado bote una resistencia nada leve para vencer la cual era indispensable la ayuda del viento. Y el viento sopló a poco de alta mar, con la frescura del rocío matutino, ligero al pronto y luego en bocanadas cada vez más fuertes. Las velas se hinchaban con el buen hálito errante, se distendían, después se encojían, para hincharse otra vez, con cambios alternativos que aumentaban y disminuían la velocidad del barco; hasta que la brisa mantúvose constante por algunas horas y ya no hicieron falta los remos.

La navegación no fué en verdad interesante.

Las riberas del Nilo se parecen monótonamente a las de cualquiera de nuestros grandes

ríos; y el que vaya a sus aguas sagradas con la mente y el alma exaltadas por los recuerdos míticos e históricos que evoca un nombre tan famoso, no puede experimentar mas que una profunda desilusión. La desilusión que produce jay de mí todo el Egipto a quien va a visitarlo con el pensamiento de hallar en el país la huella de la gran civilización que erigió las Pirámides, sus eternos y solitarios testimonios.

Yo acabé por retirarme bajo la toldilla, al amparo de los abrasadores rayos del sol, ya entonces alto, y tendido sobre una estera, llegué hasta a aletargarme. Desperté sobresaltado al confuso recuerdo de un sueño penoso. Habíame parecido un momento, que mi cabeza se transformaba en un ventilador, y colgando debajo de la toldilla giraba vertiginosamente para refrigerar mi cuerpo inerte sobre la descosida estera. El barco de la Cook pasaba en aquel instante a unos diez metros de la *dahabia* con grandes remolinos de espuma que levantaba la hélice en las aguas removidas. Atontado aún por el sueño y no sabiendo a qué atribuir el rumor que me zumbaba en los oídos como un hervor interminable, salí de mi retiro; pero apenas leí en la proa del vapor que avanzaba el nombre de *Amasis*, vuelto a la lucidez súbitamente, me acogí de nuevo con rápido movimiento a mi pródigo camarín. Fué quizá una advertencia de un espíritu propicio, mejor que una oportuna previsión, de que en aquellos momentos era incapaz mi mente amodorrada.

Pero la vista del *Amasis* suscitó en mí, vivo y preciso, el recuerdo de los dos espías; y tal idea me dió la casi certidumbre de que estaban allí, en el bajel reducido y esbelto que ya se nos había adelantado y estaba a punto de perderse en una revuelta del río.

Y pasaron varias hora aún; las más luminosas y sofocantes de aquella interminable jornada.

El turco apenas me había dirigido la palabra, y sentado a popa, donde por la mañana se había acurrucado, seguía fumando silenciosamente. Los nubios habían vuelto al remo para secundar la fatiga del viento. El paisaje ofrecía en ambas márgenes un aspecto más característico, de vegetación más escasa y desprovisto casi de habitación humana; sólo a trechos un grupo de palmeras se recortaba sobre el nítido azul del cielo con un aspecto cromolitográfico digno de una oleografía.

Caía la tarde. En un nuevo recodo del río que por breve espacio corría hacia occidente, el ocaso reflejó en las aguas su púrpura sangrienta. Y las palmeras, y la figura de un árabe que apareció en la orilla, con aquella luz inverosímil, compusieron un paisaje tan típica y fuertemente tropical, que por primera vez tuve aquella sensación de exotismo buscada en vano en el Cairo y en Alejandría.

De pronto en un ribazo se alinea una corta fila de cabañas negras, de casuchas ruinosas. El barquero despierta de su ensimismamiento, pónese en pie y viene hacia mí gritando como si me tuviera a una milla de distancia:

—¡Me dinet-el-Fayum! ¡Me dinet-el-Fayum!

Al atracar la misma operación que para el embarque. Los nubios nos llevan a tierra, levantándonos ágilmente en sus brazos cual si fuéramos niños.

El patrón se me inclina hasta los pies y dice en tono humilde:

—¡Allah es grandel! Ya hemos llegado.

Una fórmula, como otra cualquiera, para reclamar el pago. Le dí sus doscientas piastras más los cigarros, y en cuanto a estos últimos hice otro tanto con los nubios; y andando me alejé hacia la aldea que hubiérase creído deshabitada si no fuera por alguna mujer que había aparecido ante su puerta al atracar la *dahabía*.

¿A dónde dirigirme? Estuve unos momentos indeciso. A una posada no, porque podían recobrar mi pista; necesitaba pues, pedir hospitalidad a cualquiera de las familias indígenas.

Pero ¿cómo hacerme entender, cómo preguntar y obtener las informaciones que me eran

precisas, si no hablaban los habitantes más que uno de los infinitos dialectos egipcios, ininteligibles para los mismos turcos y para los propios árabes? Quiso mi buena suerte que topara con un pescador que, habiendo pasado los años de su juventud en Alejandría, hablaba ese lenguaje extraño que ya oí en aquel puerto y en el Cairo, y que principalmente se compone de palabras italianas alteradas con inflexiones árabes y griegas y con voces francesas, inglesas y españolas remendadas con desinencias de mi país: una especie de lengua de Babel. Al verme, hízome la zalema de ritual y me saluda con un:

—Allah te guarde, señor. Aquí me tienes pronto a tus mandatos.

Le pedí hospitalidad en su casa hasta el siguiente día, y el pescador se mostró contento y orgulloso de concedérmela. Me condujo a una de las chozas de la orilla, tan lóbrega y oscura que apenas si al entrar pude distinguir a la mujer y a los dos niños que en ella se encontraban. Decididamente, el Egipto exigía de mí continuos sacrificios; pero el mayor se me impuso cuando en mí el hambre y en mi anfitrión la cortesía me obligaron a engullir cierto guiso de pésimo gusto, cuyos ingredientes renuncié a adivinar para no perturbar la digestión.

—¿Conoces el país?— pregunté a mi hombre en tanto me esforzaba en consumir aquel sacrificio gastronómico.

—Así lo espero y creo, señor. Estoy en él desde hace once años.

—¿Entonces conocerás a los propietarios de las tierras, no es así?

—¡Ah, ya lo creo, demasiado!—replicó, suspirando tristemente al recordar sin duda los fuertes tributos que los hacendados le imponían.

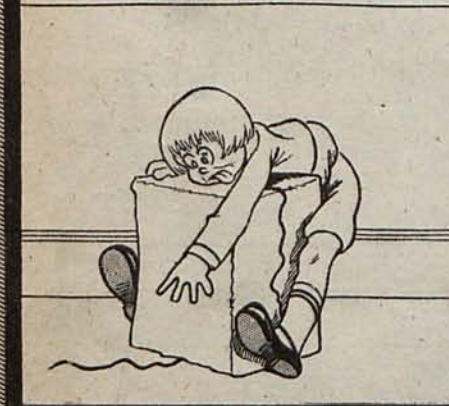
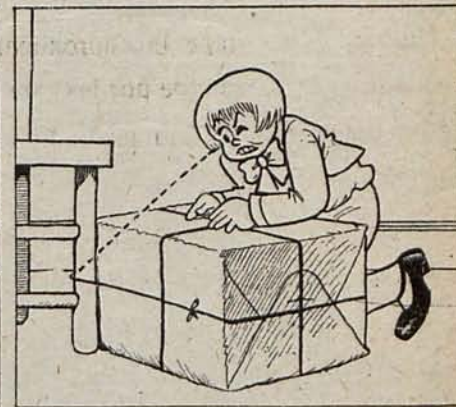
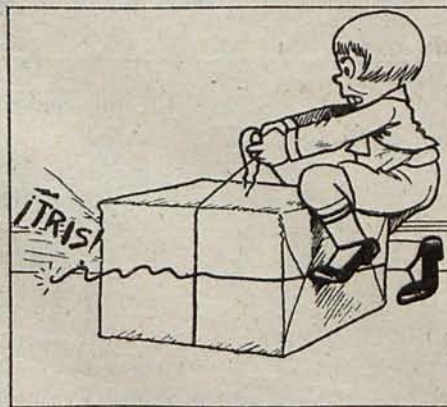
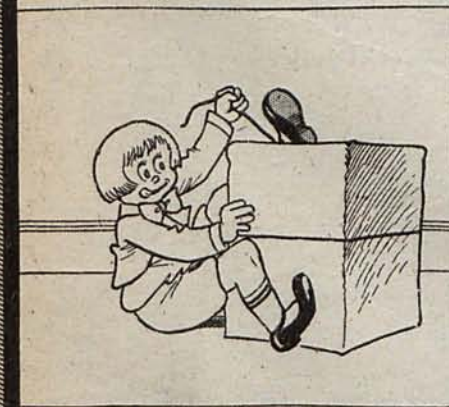
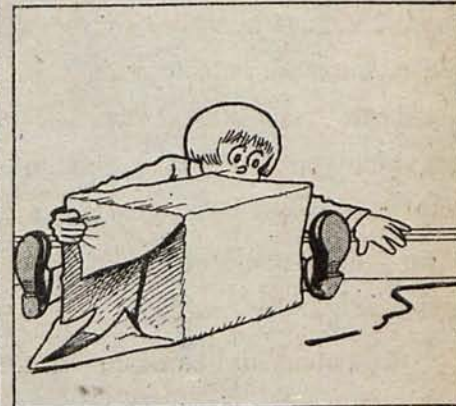
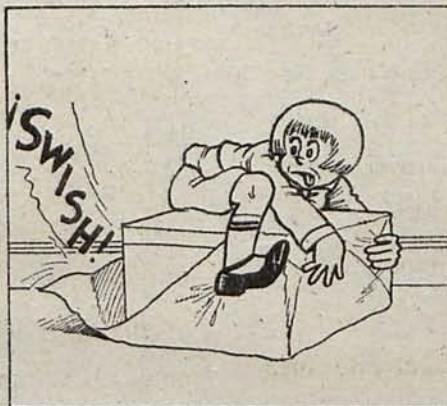
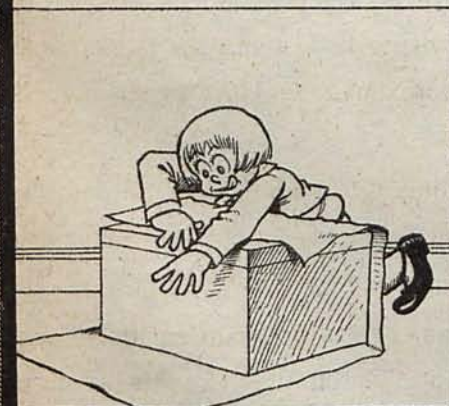
—¿Podrías decirme quiénes son los que poseen propiedad tanto a un lado como al otro del río?

—Las tierras de la otra orilla pertenecen al Kedive; dichosos los que tienen la fortuna de vivir allí. Pero nosotros, los de esta maldita orilla, no tenemos paz ni contento desde que

(Continuará en el próximo número)



COLORÍN y su PANDILLA





UN DRAMA EN EL AIRE

POR E. ALGARÓ

(Continuación)

Las ondas se cerraron para recibirlo y el desgraciado desapareció entre la espuma.

Descargado el globo de aquel peso dió un salto sobre las aguas y arrastró consigo a lo alto al teniente y a Antonio más muerto que vivo. Subió casi verticalmente trescientos o cuatrocientos pies y luego impulsado por el viento y girando sobre sí mismo emprendió rápida marcha hacia el septentrión.

En aquel instante se escapó de los labios del teniente un grito de alegría.

—¡Un barco; un barco que viene en auxilio nuestro! .. ¡Socorro!...

Un barco velero se iba aproximando rápidamente ayudado enérgicamente por los remos. La tripulación debió haber observado los apuros del aerostato y corrían en su ayuda.

En cubierta se veían algunos hombres que se movían afanosamente y les hacían señas con los brazos.

—Señor,—dijo Antonio—Hagamos por detener a este maldito globo.

—Es imposible, le arrastra el viento.

—Pues vamos a vaciarle de gas.

—Eso sería mejor: tiraré de la cuerda de la válvula. Es preferible que nos dejemos caer al mar.

En la parte alta, sobre sus cabezas veían la cuerda que el loco cortó en parte. El valeroso oficial, a riesgo de perder el equilibrio del aerostato, trepó por las mallas, hasta alcanzar aquel cordel y tiró fuertemente.

El gas comenzó a escaparse con rapidez por la

parte superior mientras el teniente tenía en tensión la cuerda.

—Ya bajamos—dijo Antonio.

—No sueltes las mallas! Resiste todo lo que puedas.

El *Tago* iba cayendo al precipicio. Estaba ya casi vacío y solo el viento le sostenía un poco. Ya el barco se había aproximado y lanzaba un bote al agua.

—¡Antoniol!—gritó el teniente viendo que las olas lamían ya las partes bajas del globo—Soltémosle ahora los dos de pronto.

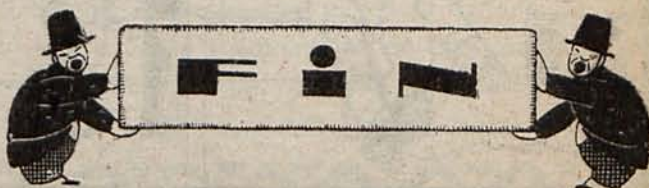
Soltáronse de las cuerdas simultáneamente y cayeron al agua. Cuando flotaron otra vez sobre las ondas vieron que el *Tago* se había elevado a gran altura y seguía su marcha hacia el norte.

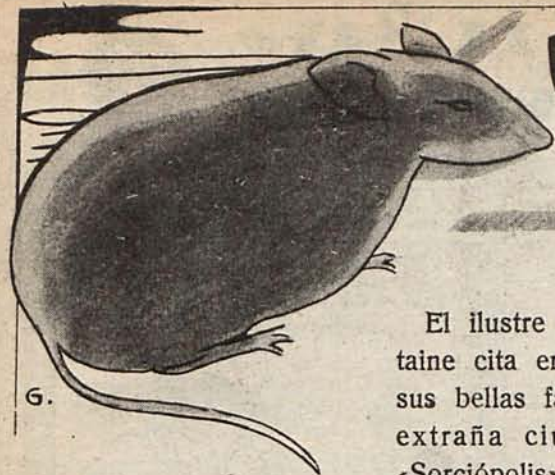
El bote acudió en su socorro. Iba tripulado por seis hombres que manejaban vigorosamente los remos y los pobres aeronautas se sintieron elevar del agua y embarcar en la nave.

—Gracias a todos—balbució el teniente.—Después cayó desvanecido.

Cuando recobró el conocimiento el velero salvador entraba en el pequeño puerto de Diu.

En cuanto al globo, desapareció hacia el norte y nadie ha vuelto a tener noticias después de su existencia.





EL SUFRAGIO DE LA "HANS" POR E. J. J. J. J.

El ilustre La Fontaine cita en una de sus bellas fábulas la extraña ciudad de «Sorcíópolis», o sea la ciudad de los ratones.

Jamás ha registrado la Geografía tal nombre de ciudad y sin embargo «Sorcíópolis» existe en todo lugar donde haya una ciudad, y aun puede agregarse, que existe además escondida en los rincones más profundos de los grandes navíos que surcan el Océano.

Ciudad misteriosa y singular, excavada y fabricada en el subsuelo, cuyas calles son cloacas, sin más cielo que el dovelaje de sus muros abovedados y las hiladas interminables de sus sillares sobre los cuales se mueven y viven los habitantes humanos de los pisos altos.

Por muy numerosos que sean los pobladores humanos, jamás llegan a alcanzar la cifra espantosa de los seres que viven en el subsuelo, raza infernal que crece y se multiplica hasta el infinito, que prospera cada vez más y que forma como un interminable reguero negro en los subterráneos por ella conquistados.

Estos conquistadores tienen sus leyes, que en realidad pueden resumirse en una sola, roer, devorar, minar

todo por donde quiera que sea con un encarnizamiento tal que estas miriadas de cuerpecillos peludos, viscosos y armados de afilados dientes siempre en acción, llegan a constituir un serio peligro público.

Esta es la causa por la cual en muchas grandes ciudades se precisa hacer de vez en cuando grandes cacerías con ellos como se hacen las grandes batidas contra las alimañas de los bosques, cacerías que para ser realizadas con éxito exigen la ayuda de perros especialmente adiestrados en ellas.

Son verdaderas luchas épicas en que la sangre corre abundantemente por ambas partes, pero en las cuales los perros, ya bien amaestrados, obtienen siempre la victoria.

En particular Londres. París y Nueva York son las ciudades en cuyas inmensas cloacas se dan las batidas más formidables contra estos roedores para impedir que lleguen a propagarse de un modo alarmante.

Para ello cierran las salidas principales de las alcantarillas: después, desde un extremo opuesto se comienza la cacería con hombres armados de sólidos garrotes precedidos de fuertes y feroces mastines. Las ratas huyen hasta que encuentran cerradas las salidas. Cuando se ven sin posible escape llegan los ágiles canes que hacen en ellas horribles matanzas con gran contento de ciertos industriales

(Continuará)





DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



HOY NOS CONVIDA A COMER DOÑA EDUVIGIS, DE MODO QUE MUCHO CUIDADITO CON CHUPARSE LOS DEDOS EN LA MESA

YA SABE USTED QUE YO ME LOS CHUPO DE UNO EN UNO; NO HAGO LO QUE USTED QUE SE LOS CHUPA EN GRUPITOS DE A CINCO



ANDA, CURRINCHE, TRÁEME EL CHAQUÉ QUE ESTARÁ DEBAJO DE LA CAMA

YA PODÍA DEJARLO EN OTRO SITIO. LUEGO SE QUEJARÁ DE QUE SE LE LLENAN LOS BOLSILLOS DE RATONES

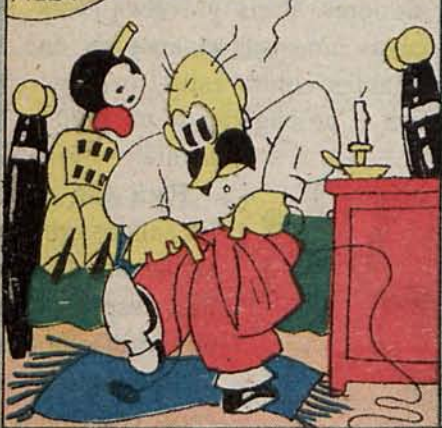


¡QUÉ DESGRACIA, DON TURU! ¡LE FALTA UN BOTÓN!

BUENO, HOMBRE, NO TE PREOCUPES. A MI MIS PAPÁS ME ENSEÑARON EN CUANTO NACÍ A COSER BOTONES



¿VES TÚ? SE METE EL HILO POR AQUÍ, SE SACA POR ALLÍ, SE ESTIRA DE ACÁ Y SE ENCOGE DE ALLÁ



¡QUÉ MALA MAÑA SE DA USTED! SE TIRA DE AQUÍ, SE ENCOGE DE ALLÁ, ENTRA POR ACÁ Y SALE POR ALLÍ



NO SEÑOR; TÚ NO SABES, HAY QUE TIRAR DE AQUÍ, ENCOGER DE ALLÍ, METER POR ACÁ Y SACAR POR ALLÁ. ¿VES? YA ESTÁ

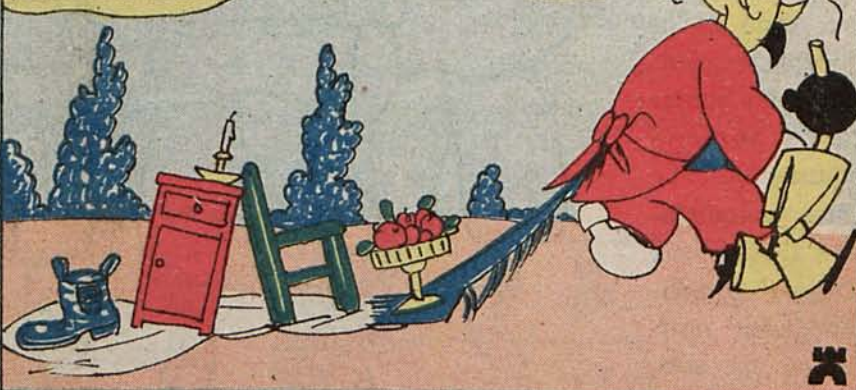


VAMOS DEPRISITA QUE DOÑA EDUVIGIS YA ESTARÁ IMPACIENTÍSIMA



OIGA USTED ¿Y NO LE PARECE QUE DEBERÍAMOS LLEVARLE ALGÚN REGALO?

¡NI PENSARLO! LA POBRE ES TAN BUENA, QUE SI VIESE QUE LE LLEVÁBAMOS ALGO NOS TIRABA DE CABEZA POR EL BALCÓN



LAURA
LA
COTORRA
INDISCRETA

¿POR QUÉ RE-
GANO DIEGUEZ
CON SU SE-
ÑORA!

¿POR QUÉ LE
ARAÑA!

¿POR QUÉ
LE ARANA

¡AY!

¡AY!

¿POR QUÉ
LLORA EL
NIÑO?

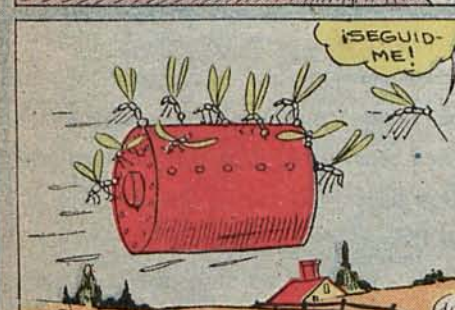
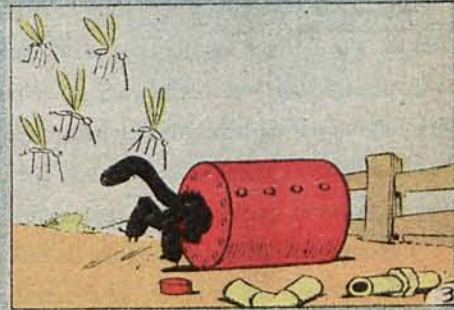
¡AY!

¿POR QUÉ
LE ARANA!

¿NUNCA SE
PUEDE UNO
FIAR DE LOS
GATOS!

?

PACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO



CUENTOS DE CALLEJA

Castillo

BOFETADA A LAS DOCE

LUPERCIO V, rey de Quisquilandia, era muy desgraciado. Había tenido la desgracia de enemistarse con un hada poderosa, y ésta le condenó a que todos los días por la mañana, al dar la primera campanada de las doce, recibiera S. M. en las angustas mejillas un soberano par de bofetadas, dondequiera que se hallare.

El humillante castigo era propinado por unas manos invisibles, pero duras, que ponían los regios carrillos echando fuego; y el Rey para evitarse la vergüenza de recibir los consabidos bofetones delante de su corte, se encerraba en su despacho a las once y tres cuartos, y no salía de él hasta las doce y diez, después de haberse refrescado la parte dolorida con finisimos polvos de arroz y una disolución de quina roja, de la mejor que se cría en el centro la de China.

Los cortesanos nada sabían de aquel castigo misterioso, y no podían averiguar la causa de aquellas breves ausencias del Rey. Este, para evitar que por un descuido le atizaran los sopapos en plena corte, hacía vigilar constantemente su cronómetro por dos relojeros de confianza, uno de los cuales tenía el encargo de decir al sumiller, para que éste lo dijera al maestresala, y éste al introductor de embajadores, y éste al primer ministro:

—¡Señor, las doce menos cuarto!

Lo mismo era oír esto el Rey, que dejando cuanto le ocupara incluso suspendiendo la ceremonia más solemne, salía disparado a encerrarse en su despacho, hasta las doce y diez minutos, en que volvía a ocupar el trono, más encarnado que un pavo colérico, pero ya tranquilo hasta el día siguiente.

Su reloj de bolsillo lo arreglaba del modo siguiente: así como los madrileños rectifican la hora viendo caer la bola del reloj

que hay en la torre del Ministerio de la Gobernación, el desdichado monarca ponía su reloj en las doce apenas recibía las bofetadas consabidas. De este modo evitaba que un retraso inadvertido le comprometiera.

Pero un día, ¡oh dolor!, se estropeó una de las ruedas del cronómetro, y a S. M. se le paró el reloj de bolsillo, sin poder prepararse con tiempo a recibir la ración de bofetadas en lo más recóndito de su palacio.

Se vió pues, precisado a confiar en que se le anunciaran sus ministros, cuando los relojeros indicasen la hora conve-

niente. Pero ¡oh dolor!, cuando el relojero de guardia anunciaba las doce menos cuarto, sonaron dos tremendos cachetes aplicados sobre los mofletudos carrillos de Lupercio V en medio de una espléndida fiesta cortesana.

Enfurecido justamente el Rey con tan inesperado suceso, hizo llamar a los dos relojeros.

Así que estuvieron en la regia estancia, se defendieron como les fué posible de tan terrible acusación.

No le convencieron al exaltado monarca los argumentos de los relojeros, y prohibiéndoles hablar más, después de mandar que se retiraran para dar él la sentencia más ajustada a las leyes del reino, prorrumpió diciendo:

—No son las doce menos cuarto—rugió el monarca;—son las doce en punto; y esos relojeros, que Dios confunda, así saben de hora como yo de freir espárragos. ¡Que los ahorquen provisionalmente, mientras dispongo el castigo que merecen!

Por fortuna, aunque Lupercio V era tan bruto como revelan esas frases, se arrepintió a tiempo de la atrocidad que había mandado hacer y los relojeros fueron puestos en libertad.





A todo esto, los cortesanos habían oído bofetadas, pero no sabían donde, y se miraron unos a otros, sin saber quién las dió ni quién las recibiera.

El Rey estaba desesperado y trataba de dulcificar aquel castigo poniéndose una especie de barba de algodón en rama; pero el día en que tal hizo, fué doble la ración y a poco echa las muelas por la boca. Resignóse a sufrir los mojicones a cara descubierta y gestionar por cuantos medios pudiera el perdón de la vengativa maga.

En un pueblecito inmediato vivía un mozalbete de quince años, llamado Toribio, travieso como él solo y entrometido como ninguno, el cual salió de su pueblo en busca de fortuna.

Llegó a la corte, en donde tenía un paisano, mozo de cuadra, persona muy influyente en palacio, porque el Rey gustaba de su conversación y solía bajar a las caballerizas para ver cómo los caballos se espantaban las moscas con la cola.

Allí conoció a Toribio; y cuando se enteró de que a toda costa quería hacerse rico, le propuso con toda reserva, que buscara al hada Quejicon, su enemiga, y comprara su perdón a cualquier precio. Para que tratase de encontrarla, Lupercio V dió a Toribio cuantos detalles conocía de su paradero y le autorizó para tomar en el real tesoro cuanto necesitase para la empresa.

Estando en esta conversación sonaron dos ¡paf! ¡paf!, y las mejillas del Rey se colorearon como dos tomates.

—Las doce en punto—exclamó tristemente—. Tengo el reloj en los carrillos; aunque los relojeros de oficio marquen



otra hora a su capricho, esta triste señal es más fija.

Toribio salió en busca de Quejicon, y tras largas caminatas y no pocas dificultades llegó un día a encontrarse delante de ella. Toribio expuso su pretensión con habilidad y elocuencia, invocando el buen corazón de la maga, para que diese ya por terminado el castigo impuesto al Rey.

Quejicon no quería acceder; pero Toribio se puso tan pesado que Quejicon optó por consentir por quitársele de encima.

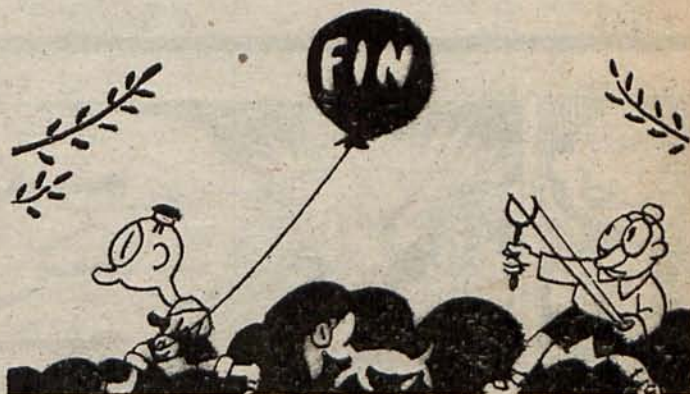
Pero impuso una condición: el Rey había de dar a Toribio por esposa a la Princesa mayor, que era una muchacha ideal sin más defecto que ser un poco coja y algo manca, y que hubiera tenido buenos ojos de no bizcarlos, y una soberbia mata de pelo si no hubiera sido calva como la palma de la mano. En fin, un partido soberbio.

Accedió el Rey a lo solicitado, y la boda se celebró con mucha pompa. Hizo a Toribio príncipe de Truchimán y señor de inmensos estados, que le producían cincuenta céntimos de peseta diarios para sostener el lujo de su casa.

El hada Quejicon se brindó a ser madrina. El padrino fué el Rey, pero en el acto de la boda, Quejicon, al oír la primera campanada de las doce, soltó a su compadre dos bofetadas espléndidas que dejaron al monarca sin saber donde estaba.

—Son mi regalo de boda —dijo—, porque son las últimas que propino al Rey mi señor.

Quedó éste contento con verse libre de aquel solfeo cotidiano, y todos alegres de ver a Toribio hecho un Príncipe de lo más tieso que se ha conocido.





¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Salud, mi querido Chononcito, y buen provecho.

—¿Gustas? Acabo en seguida de merendar, amigo buho, y nos dedicaremos a charlar un rato.

—No tengas prisa. Come reposadamente, que hoy es temprano y tenemos por delante tiempo suficiente. No es preciso que meriendes con precipitación. La comida, en esas condiciones, puede hacerte daño y yo no quiero de ningún modo ser el causante de ello. Mastica despacio, y saborea lo que comes, que hay tiempo para todo.

—Ya has encaminado mi curiosidad hacia un tema que puede proporcionarnos, asunto para la charla de hoy, ¿No te parece que podíamos charlar acerca de la masticación? Es decir, mi curiosidad se ha avivado por un detalle que está íntimamente relacionado con la masticación. La saliva. Yo quisiera saber por qué produce nuestra boca tanta saliva y por qué, cuando mastiquemos, la secreción de este líquido es mayor.

—Me parece muy bien escogido el tema. Precisamente tú, y muchos niños, tenéis la mala costumbre de comer de prisa, sin duda porque ignoráis lo perjudicial que esto es para el organismo. Celebro que hayas traído a conversación este tema porque de él puedes sacar tú, y tus imitadores, alguna enseñanza de provecho que os haga rectificar ese procedimiento de comer precipitadamente. La masticación es una función importantísima, que debe hacerse lentamente para servir al estómago los alimentos en condiciones de fácil asimilación. Voy a explicártelo.

—Y entre tanto yo terminaré de merendar, lentamente, reposadamente, como tú me recomiendas. Lo primero que necesitas saber es que todo lo que existe en la boca es utilísimo a nuestra salud y todo ello tiene un papel que desempeñar en la defensa de nuestra vida. Los labios, tan provistos de sensibilidad, son los que nos avisan cuando no debemos dejar entrar en la boca cosas de sabor desagradable o de temperatura tan alta que pudiera quemarnos el paladar o la lengua. Los labios deben permanecer cerrados mientras no se come o se habla, pues es perjudicial para la salud respirar continuamente por la boca.

—Yo, cuando estoy constipado no puedo respirar por otro sitio.

—Y haces bien, querido Chonón, en respirar entonces por la boca, porque si no te asfixiarías. Pero si no estás constipado insisto en que debes respirar por la nariz. Los dientes y las muelas son los instrumentos destinados a triturar y moler los alimentos antes de pasar al estómago. La lengua es el órgano auxiliar de los dientes y muelas en esta operación de mascar. Ella mueve los alimentos y los conduce de un lado a otro de la boca para que la trituración sea perfecta. Una vez bien masticados los alimentos es la lengua la que los recoge y los empuja hacia la garganta para su paso al estómago. La lengua es además un guardián de la boca pues ella es la que nos descubre la presencia de cualquier cuerpo extraño. Una espina, una fibra, un huesecillo, que se haya quedado escondido en cualquier rincón de la cavidad bucal es en seguida descubierto por este importante órgano. Además en muchos animales, como el gato, el perro, el tigre, el león, etc. la lengua les sirve también de instrumento de limpieza y es a la vez, toalla, esponja, peine, limpia uñas y cepillo.

—Tienes razón. Yo tengo un gato que se pasa las horas al sol haciéndose la toilette con la lengua. Con ella se lava, se peina, se limpia las uñas y se cepilla.

—Pues igual que tu gato hacen todos los demás.

—Ya me lo figuro. ¿Quieres decirme ahora para qué nos sirve la saliva?

—La saliva es un líquido que segregan las glándulas llamadas salivales y que están situadas debajo del oído, de la lengua y de las mandíbulas. Hay tres de estas glándulas a cada lado. La saliva ablanda los alimentos, mezclándose con ellos, y además porcionándoles por medio de ciertas combinaciones químicas propiedades ventajosas para que el estómago los asimile con facilidad. La saliva convierte el almidón en azúcar y como casi todos los alimentos tienen gran cantidad de almidón y esta sustancia no puede ser asimilada por nuestro organismo te darás perfecta cuenta de la importancia de la saliva.

—Porque convertirá todo ese almidón en azúcar. ¿No es eso?

—Exacto. Y por esta razón comprenderás también cuán importante es masticar despacio. Si se mastica aprisa no se muelen bien los alimentos, y se carga este trabajo al estómago, y, además, no se da tiempo a que las glándulas salivales segreguen la cantidad suficiente de líquido para que todo lo masticado vaya al estómago en las debidas condiciones de asimilación. Tragando los alimentos sin estar bien preparados en la boca nos exponemos a sufrir indigestiones.

—Oye querido buho ¿no has notado tú que cuando vemos a otro morder un limón se nos llena la boca de saliva?

—Es un fenómeno nervioso. Esta abundancia en la secreción de la saliva se produce también cuando vemos algo de comida que nos gusta mucho. De ahí nace el dicho vulgar de «hacerse la boca agua». En cambio cuando se produce algún afecto del ánimo que nos es desagradable, como el miedo, el enfado, un disgusto cualquiera, la boca se seca porque la secreción de saliva es tan escasa que apenas si podemos tragar. En algunos países, como la India, se aprovecha este fenómeno para descubrir la culpabilidad de individuos sospechosos de haber cometido un delito.

—¿Qué es lo que hacen?

—Pues hacen que los sospechosos mastiquen algún alimento seco, como pan, patata o arroz, y aquellos en quienes el miedo de ser descubiertos les causa una sobreexcitación nerviosa, no pueden tragar el alimento porque les falta la saliva, y por este procedimiento creen descubrir a los verdaderos culpables.

—No estoy conforme con el sistema. A veces, sin ser culpable se puede sentir miedo ante la posibilidad de que lo juzguen a uno como tal.

—Tienes razón. Es cuestión de temperamento y por tanto la justicia de esos países incurrirá en muchos errores.

—¿Sabes que en este momento se me está haciendo la boca agua?

—Señal de que estás pensando en alguna golosina de las que a ti te gustan.

—Lo has acertado. Nos vamos a comer ahora mismo tú y yo un plato de arroz con leche que tengo para final de merienda.

—No está mal. Acepto la invitación.

—También tú eres un goloso. De seguro que la boca se te ha hecho agua. ¿Verdad que sí? Dí la verdad.

—Anda, saca el arroz con leche y déjate de historias.



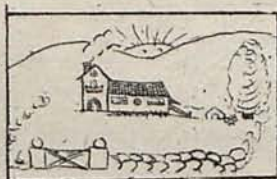
COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE JUNIO

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



Trebol por
Angel Laborda



Mi casita
Esperancita Navarro, 7 años



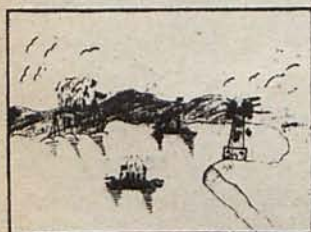
El abuelo zorro
Carmen Molins, 8 años



Juan Plata
Rafael Suesco



Don José Riquelme
Belgado
Joquin Requena



Una marina
Martin Marcial Izquierdo



El jarrito mio
Carmen Lorca



Mis preferidos
Teodoro Mestre



Chin-Chon
Ladislao Rodriguez



Colorin patinando
Pilar Molina



Accidente de aviación
Francisco Guzmán



Uzcudum
Francisco Nera



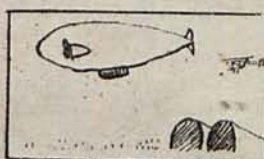
Un oso
Carmen Rodríguez



Castillo feudal
José Gullido, 6 años



Mi despacho
J. M. V.



El Conde Zeppelin
Miguel Ángel Valentín, 8 años



Un castillo
N. N.



El amigo de
Pinocho
Nicoletto, 7 años



Una cabra
Vicente Barrio



Un buque
Saturnino Luengo



Indio
Manolo Martínez, 10 años



Ramper
Pascual Gervera



Mi casita de campo
Marisa Acevedo, 10 años



Un árabe
Lolita Boldós
11 años



BARBAS VERDES
es uno de los 8 tomos publicados
en la preciosa **Serie Barbilón**
de Cuentos de Calleja en
colores
Precio 1 PESETA



Mi tita Mercedes
Carmen E. Morán, 10 años



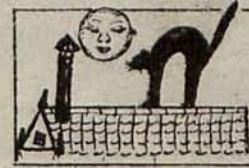
Un guerrero
Alfonso Pangua, 10 años



Cocineros. Pepito Rico



Mi muñeca
Pina
J. Jaraquemada



Noche de luna
María E. Rodríguez



Don Turu
Rafael Raya

CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE JUNIO

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

LOS NAIPIES



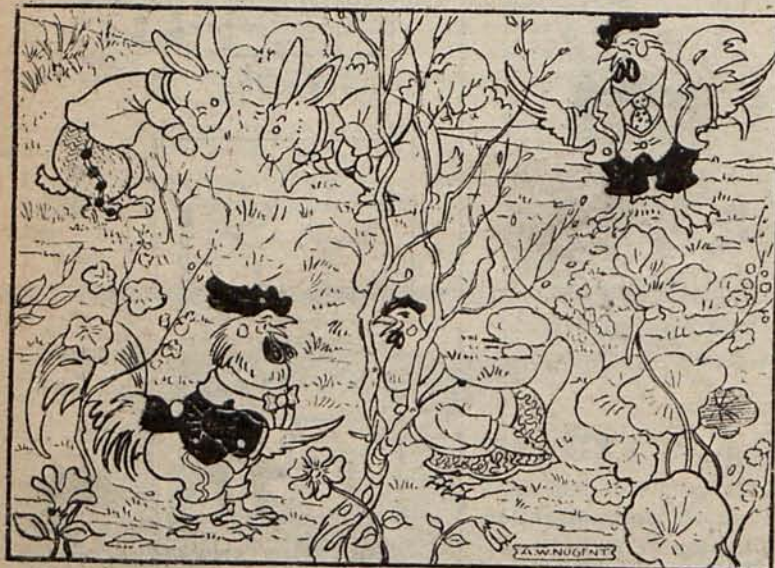
Atilano de Velasco, tenía una gran afición a los naipes. En cuanto tropezaba con una baraja empezaba a hacer solitarios y no paraba hasta que, materialmente, se lo arrebatában de las manos.

Una tormentosa noche de Diciembre, Atilano de Velasco aburrido de hacer siempre los mismos solitarios, se puso a pensar, por ver si lograba inventar uno nuevo con que distraer su tedio... De repente, lanzó una interjección en italiano y afanosamente escogió de entre las cartas todas las sotas, caballos, reyes y ases. Después las colocó sobre la mesa en filas de cuatro cartas y, murmuró:

—Quiero que no haya en ninguna fila de cuatro cartas dos del mismo palo o del mismo valor.

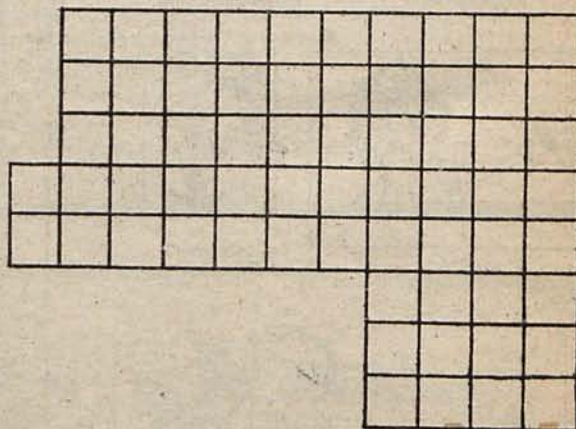
¿Cómo se las arregló Atilano de Velasco?

LAS ARDILLAS



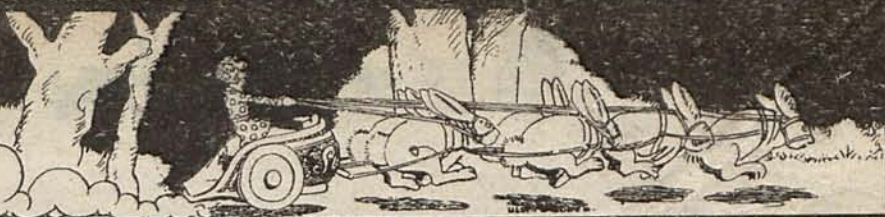
Ya sabéis que las ardillas están en continuo movimiento. No os asombrará, por tanto, el estupor de estos animalitos, al notar, entre la maleza ciertas misteriosas palpitaciones. Como que están escondidas dos ardillas con unas ganas de guasita y de broma que, ya, ya. ¿Sabréis encontrarlas?

EL CUADRADO DE LÓPEZ



López tenía un tablón de la forma que podéis ver en el adjunto dibujo. López tenía una gran afición al noble juego de ajedrez y, como careciera de tablero, y de dinero para comprarlo, se hizo uno con el tablón, para lo cual le bastó darle un sabio corte que lo dividió en dos partes, las cuales, una vez unidas, formaron un cuadrado perfecto, que proporcionó a López el tablero apetecido.

ANITA BUEN- CORAZON



¡HOY LLUEVE MU-
CHO, NO PODREMOS
SALIR UN RATO
A PASEAR!



¡SI VIERAS CUANTO
ME ABURRE ESTAR
EN CASA ENCERRADA
TODO EL DÍA!



¡PERO EN FIN, DEBE-
MOS SUFRIR CON PA-
CIENCIA LAS ADVER-
SIDADES DE LA VIDA!



¡DIANTRE, NUNCA ME
HABIA FIJADO EN ESTA
PUERTA! DEBE SER UN
CUARTO DE ESTUDIO
O ALGO ANALOGO!



¡ME TIENTA LA
CURIOSIDAD DE
SABER QUE ES
ESTO!



¡ES LA ENTRADA
DE UN DESVÁN!
¡ME PARECE QUE
HE HALLADO FORMA
DE ENTRETENERME!



¡ESTE BAULE ESTÁ
LLENO DE VESTIDI-
TOS DE NIÑO! ¡QUE
BIEN COLOCADOS
ESTÁN!



¡Y ESTE ALBUM DE
PRECIOSAS ESTAM-
PAS EN COLORES!



¡UNA CUNITA! ¡A QUIEN
HABRÁN MECIDO EN
ELLA? ¿VIVIRÁ O, NO
SU ANTIGUO DUEÑO?



¡ESTE DESVÁN HACE
MUCHO TIEMPO QUE NO
ES VISITADO, PUES ES-
TÁ TODO EL LLENO DE
POLVO!



¡ESTOS SEÑORES
SON PERSONAS DE
IDEAS NOBLES POR-
QUE LES GUSTA CON-
SERVAR SUS ANTIGUOS
RECUERDOS!



¡YA VES COMO HEMOS
ENCONTRADO CUANDO
MENOS SE ESPERABA
UNA DISTRACCIÓN A
NUESTRO TEDIO!



SECCIÓN PIRULA

EL PERRITO ENCANTADO

(FIN)



A cuatro patas—naturalmente—Azulín recorrió toda la capital y pudo darse cuenta con asombro de que, exceptuando las calles principales habitadas por nobles y ricos, la ciudad

ofrecía un aspecto desolador de miseria y de tristeza.

Oyó a un pobre hombre que le decía a su mujer, pálida y flaca con un niño en brazos: «Hay que ver a qué estado de miseria nos ha reducido el rey con tantos impuestos».

Y lo mismo le decía un anciano a su nietecito; y un obrero, medio muerto de fatiga, a otro obrero; y así todos. Vió a un hombre que comía un mendrugo de pan; al ver el hombre a aquel perro que le contemplaba, le dió un pedazo de su festín diciéndole: «Toma, nada más puedo ofrecerte; esta es toda mi comida desde que los impuestos reales se llevan casi todo de lo que gano».

Luego, el perrito entró en una cabaña donde una vieja gemía sobre un jergón; una joven bellísima, de ojos dulces y tristes hilaba a su vera y la vieja le decía: «¿A qué cansarte? ¿Olvidas que los impuestos han de llevarse todo el producto de tu trabajo?»

El perro se quedó mirando a la joven hilandería tan embelesado que sintió un vértigo; cerró los ojos; cuando los abrió estaba en su cama del palacio real. En el acto mandó llamar a su ministro de hacienda y le dijo: «Rompe el decreto que me presentaste a la firma y tráeme otro en que se supriman todos los impuestos en el reino de Isla Azul».

Pocas semanas después de esta aventura singular, el rey cumplió los veinte años, edad de casarse y, por consejo de su madre, envió un embajador al país del Pampringao a solicitar la mano de la hija del rey, que era una de las princesas solteras más nobles, ricas y bellas del mundo.

La princesa no tardó en llegar, rodeada de un lujo deslumbrante y cubierta de joyas deslumbradoras; su belleza era todo lo alta que convenía a una soberana y llevaba la cabeza tan tiesa que parecía que se había tragado el mango de su sombrilla; lo que resultaba regio de verdad.

La reina y su hijo estaban encantados de tener respectivamente una nuera y una esposa de tan relevantes méritos, y la comida de novios quedó fijada para el día siguiente.

Aquella mañana, el rey se hallaba solo en su cuarto, un momento, cuando de pronto—¡horror!—el extraño malestar que ya conocía se apoderó de él y quedó transformado en perro, otra vez.

Desesperado por un contratiempo tan inoportuno, quiso huir por la ventana, pero la ventana estaba cerrada; entonces se escapó por la puerta y echó a correr como un loco por los pasillos y, sin darse cuenta de lo que hacía, se metió en la primera habitación que se le presentó abierta; era el tocador de la princesa del Pampringao.

Su Alteza se hallaba acicalándose, rodeada de sus damas. No parecía estar de muy buen humor:

—¿Qué mal puesta está esta diadema!—decía—de este modo, se nota que los brillantes son falsos. Vaya Gumersinda dame pronto el colorete para las mejillas. Eufrosia, ya me estás pasando el lapiz negro, gracias al cual mis ojos parecen grandes. A ver, venga el carmin para los labios y el blanquete para

el descote. ¡Torpes, más que torpes! ¿No véis que se me están cayendo los rizos postizos? ¿No sabéis que tengo que gustarle a ese niño gótico para que sus tesoros remedien la ruina de mi señor padre?

En aquel momento advirtió al perrito acurrucado en un rincón:

—¿Qué es esto?—exclamó—¡Vaya un palacio bien ordenado donde se dejan entrar perros en las habitaciones! ¡Y que feo y que ordinario es! Ni siquiera es un perro de lujo. ¡Teodomir! Coge a ese bicho y tíralo por la ventana.

La orden quedó cumplida y el pobre can se alojó cojeando y gimiendo; arrastrándose, anduvo hasta que se halló fuera de la ciudad y cayó rendido, junto a un riachuelo, en el campo. Allí había una pastora guardando su rebaño de ovejas; y Azulín reconoció a la bella hilandería.

—¿Qué es esto?—exclamó la niña al verle—¡Pobrecito! Está herido. ¡Y qué mono es! Ven rico, no tengas miedo, no te hará daño.

Azulín no tenía miedo; al contrario; la pastora le cogió; le lavó la herida y se lo llevó a su casa, una casita blanca y risueña que no se parecía a la choza miserable donde vivía antes.

—¡Mira abuela!—gritó la niña al entrar—qué perro más mono me he encontrado! ¿Quieres que nos quedemos con él?

—Si, Rosita, pero solamente si no encontramos a su dueño,—contestó la vieja.

En aquel instante, inundó la casa un extraño resplandor, y en medio de él apareció una dama maravillosa vestida de color de ilusión, que tenía los ojos de color de esperanza y el pelo color de tiempo. Tocó al perro con su varita mágica y Rosita tuvo ante ella a un hermoso príncipe arrodillado que le besaba la mano.

¿Verdad que no necesitáis que concluya mi cuento? Todas tenéis, tanto como Bebé, suficiente experiencia para adivinar el castigo de la antipática princesa que se volvió, humillada, a su reino de Pampringao con su belleza de... sus humos y sus riquezas de guagua.

Y la recompensa de la encantadora Rosita que se casó con el rey Azulín. Y la dicha de todos.

Y todo ¿gracias a qué? a la ocurrencia de una hada sensata de transformar a su ahijado en perro.

Como que no se sabe nunca lo que a uno le conviene, y las cosas más desagradables pueden ser un bien; lo mismo sucede con el aceite de hígado de bacalao, pongo por caso.

